"complaceis en la agonía de los hijos de Dios!..... ¡Haced penitencia! Llorad vuestros "pecados, ó la justicia del Eterno os sorprenderá en medio de vuestros culpables placeres."

—Sigámosles, Ione—exclamó Glauco.—Unamos nuestros ruegos á los suyos. Las cenizas cesan de caer; aprovechemos el momento. ¡Valor! Bien pronto nos veremos fuera de peligro.

—¡Y Nidia!—advirtió con sentimiento Ione.

—Dios la unirá á nosotros; sí, Dios no la abandonará. Ya sabe que nos dirijimos hácia la orilla del mar.

—Bien, sigamos á esos cristianos.

Glauco y Ione se pusieron en marcha; pero aunque los cristianos caminaban lentamente, Ione no les podia seguir.

En vano el jóven ateniense procuró reanimar su espíritu.

El grupo de cristianos se perdió á lo lejos, y Glauco y Ione se quedaron aún solos en medio de las tinieblas.

CAPITULO LVIII.

CUMPLIMIENTO DE LA PROFECÍA.—NIDIA Y SUS AMIGOS.—VARIOS MUERTOS.—FÁBRICA DE PRODUCTOS QUÍMICOS.—MAS VÍCTIMAS.

Nuevas llamas volcánicas permitieron á nuestros dos fugitivos dirijirse por un camino menos incierto que hasta entonces.

Sin embargo, nada se presentaba á sus ojos capaz de infundirles valor.

El grupo de cristianos á quienes quisieron seguir habia desaparecido completamente.

Glauco y Ione casi habian perdido la esperanza de llegar al punto á donde se dirijian.

Tolo lo que les cercaba en medio de aquella soledad y devastacion, era aterrador.

A sus oidos llegaban continuamente los desesperados gritos de los desgraciados que quedaban sepultados en sus casas; el aullido de los animales que al lado de sus amos perecian, y las desgarradoras voces de ¡socorro! que quedaban á poco ahogadas para no volverse á escuchar jamas.

Aquí una tierna madre y una amante hija de diez y seis años, ocultando esta su rostro en el seno de aquella, y tapándose la primera la boca con un lienzo para no ahogarse al respirar la ceniza, espiran envueltas en esa misma ceniza que las llega á cubrir completamente, y que endureciéndose, las conserva en aquella actitud por espacio de mil ochocientos años, en que se las encuentra en tan tierna posicion al hacer las escavaciones.

Allá la dueña de una tienda, sin haber tenido tiempo para salir, queda encerrada en ella con tres esclavos, y cuatro esqueletos se encuentran mas tarde en aquel lugar, al lado de un espejo de plata, de tres anillos de oro, de unos ricos pendientes, de un collar compuesto de cadenas de oro, de cinco brazaletes del mismo metal y de treinta y dos monedas de igual materia.

En el edificio conocido hoy con el nombre de la *Casa del Poeta*, en que vivia Plinio el Jóven; en la rica joyería de su amigo Tubio, que ocupaba las piezas exteriores de ella, se afana el joyero en salvar las alhajas; varios criados salen con las mas preciosas en los momentos mismos en que muchas de las personas que cruzaban, entran á guarecerse en la joyería mientras pasa una nube de ceniza que avanza por la calle como un torrente. Todos se cubren el rostro con sus mantos para no aspirar la abrasante atmósfera; pero la nube penetra en la tienda, y envuelve en sus mortíferas escorias á todos los que en aquel sitio buscaban la salvacion. Mas tarde, cuando se desenterró ese edificio que describí minuciosamente en otro capítulo, se encontraron los esqueletos de doce desgraciados que habian perecido entre horribles tormentos. El del joyero Tubio se veia junto á un número considerable de joyas, entre las cuales se contaban dos collares de oro, un cordon del mismo metal tejido sin seda, cuatro brazaletes figurando serpientes, uno de los cuales pesaba doscientos veinte gramos, cuatro pendientes adornados con dos perlas, muchos anillos de oro de gran peso, uno de los cuales tenia un ancho engarce, cubierto con una lámina de cristal de roca, para colocar pelo ó retrato. Tambien se veian un gran número de instrumentos de bronce y de fierro para la fabricacion de las joyas, una estufa portátil de una forma original, y una lámpara magnífica, que hoy, como todo lo referido, se encuentra en el Museo.

En otra casa, situada en la esquina del *Forum Triangular*, una hermosa muger hace esfuerzos por salir del baño. ¡Vano anhelar! Un esqueleto de señora se encontró al hacer las escavaciones, en la estufa del baño!

No á gran distancia, en una de las tiendas situadas en la casa de Panza, perecen la dueña del establecimiento y sus cuatro bellas hijas. Los esqueletos de ellas, ostentando aún sus ricos zarcillos de oro, anillos con piedras montadas y otros preciosos objetos, se han encontrado despues. Al lado de esos esqueletos se veian treinta y dos piezas de plata.

En el *Meson de Albino*, á donde vimos acudir á los campesinos amigos de Tetraide en un carro para asistir al anfiteatro, se escuchaban los relinchos de los caballos que se sienten ahogar por las cenizas, cuyos esqueletos se hallaron al desenterrar la ciudad, atados á las argollas de los pesebres.

En otra parte, en el edificio conocido hoy con el nombre de *Casa de Adonis*, espiraban encerrados por las cenizas, siete infortunados, en medio de los esfuerzos mas desesperados, pero inútiles, que hacian para abrir la puerta. Al hacer las escavaciones, los esqueletos de los siete se encontraron que tenian sesenta y ocho piezas de monedas de oro, con las efigies de Neron, Vespasiano y Tito, siete anillos de oro en forma de serpiente y otros objetos curiosos.

Temiendo igual funesto fin, el cuestor Lisipo, que se hallaba al lado de su amada Agripina y del anciano padre de esta, se dirijió con ambos hácia la puerta de la calle, al ver que la ceniza penetraba en las piezas amenazando ahogarles; pero la salida estaba interceptada por montañas de piedras y de escorias. El desdichado amante, que arrepentido de su pasada conducta, acababa de jurar amor eterno á su amada, se lanzó sobre la puerta tratando de abrirla para salvar al objeto de su cariño. Agripina, puesta de rodillas, oraba á los dioses, mientras su anciano padre unia sus esfuerzos á los de Lisipo para abrir paso.

El terror estaba pintado en el semblante de los tres.

La idea de quedar sepultados era horrible.

Lisipo continuaba en su empeño de derribar la puerta.

Pero mientras él procuraba abrirse paso para salvar á su amada, en su casa acontecia una escena terrible.

La bella liberta, cuyo padre habia salvado en un tiempo la vida del cuestor, al ver que todos los esclavos habian huido, se quedó aún en espera de que su amo llegara, cuidando de los bienes de la casa. Dolorosos gritos, y la voz de una muger que le llamaba, llegó á sus oidos. La jóven reconoció en aquella voz la de la hermosa Lucila, la esposa del director de la *Academia de Música*, que ocupaba, como ya hemos dicho, la habitacion contigua que se comunicaba con la del cuestor. La sensible liberta corrió á salvarla. ¡Terrible contratiempo! La jóven no pudo salir de la pieza en que estaba. ¡La puerta se veia cerrada por la ceniza!..... Su afliccion fué entonces indecible!..... Dió voces á su vez, y nadie llegaba!.....

Cuando en 1823 se desenterró aquel edificio, conocido hoy con el nombre de *Casa de Castor y Polux*, se encontró el esqueleto de una muger en la misma pieza, al pié de la puerta que habia tratado de abrir, y en otra los dos cajas forradas de cobre pertenecientes al cuestor, dentro de las cuales se hallaron, en una cuarenta y cinco monedas de oro y una de plata, y en la otra un busto de la Fortuna y un bajo relieve en bronce representando un perro acostado.

¿Qué habia sido entre tanto de la hermosa Lucila, de la bella muger que habitaba la vivienda contigua?..... Su esqueleto fué encontrado tambien en el umbral de una puerta secreta que daba á la calle del Fauno. A su lado se veian, en un saco de tela, cinco sortijas de oro, cinco preciosas piedras grabadas, muchas monedas de plata y de bronce, un frasco de cristal y dos bellos pendientes en forma de balanzas.

En otra pieza se encontraron dos grandes jarrones de bronce con bajo-relieves incrustados de plata, el incensario, las páteras ó vasos para los sacrificios, el candelabro de tres piés, la balanza y la hacha de qué hice mencion al describir la habitacion, y otras muchas cosas que han sido llevadas al Museo.

Su esposo, que habia asistido á una reunion, habia perecido tambien sofocado por la ceniza, al dirijirse á su casa.

En la *Fábrica de productos químicos*, en cuyo *atrium* se ve aún un triple horno destinado á recibir tres calderas grandes dispuestas en diferentes niveles, una muger hermosa, la consorte del fabricante que se habia quedado en casa, temiendo salir, buscaba entonces la manera de no quedar sepultada, y corria de pieza en pieza tratando de huir; pero las puertas se veian cerradas por la ceniza, y todos los esfuerzos de la infeliz para abrir alguna, eran inútiles. Entonces se refugió á una sala que ha conservado intacta su bóveda adornada de estuco, que presenta en el centro un dios y un caballo marino, creyendo que en ella estaria mas segura; pero viendo que la atmósfera le asfixiaba, corrió á la tienda con la esperanza de que sus gritos serian escuchados por los que pasaban huyendo por la calle. ¡Vana esperanza! Cuando en 1846 se hicieron las escavaciones de aquel edificio, se encontró á mas de dos metros encima del suelo antiguo, el esqueleto de una muger con dos brazaletes grandes de oro y dos de plata, cuatro pendientes, pues ya he dicho que las pompeyanas los unian para escuchar su ruido al andar, cinco sortijas, cuarenta y siete monedas de oro y ciento noventa y siete de plata en una bolsa tejida con hilo de oro sin seda.

En la *Casa del Fauno*, en que se alojó el general Agrícola al visitar Pompeya, y que describí minuciosamente, espiraban en medio de las mayores congojas varias personas de la nueva familia que la ocupaba. Sus cadáveres fueron encontrados junto á la puerta de una

pieza. Sus actitudes indicaban la desesperacion con que habian muerto. Junto á sus esqueletos se encontraron dos *armillæ*, (grandes brazaletes de oro liso) en espiral y en forma de serpientes; otros dos mas redondos y ligeros, pero tambien en forma de serpientes, muchas sortijas y otras varias alhajas. (1)

Las escenas de horror se repetian por todas partes; y una altamente conmovedora se presentaba en la oscura prision situada en el *Forum Civil.*

Los dos hermanos que gemian presos junto al calabozo que habian ocupado Olinto y Glauco antes de ser conducidos al anfiteatro; aquellos dos jóvenes que al oir la prédica del sacerdote cristiano abrazaron la religion del Crucificado, escuchaban los gritos de la multitud que huia, el estruendo de las paredes de algunos edificios que se desplomaban y el bramido aterrador del agua que en rápida corriente corria por las calles, arrojada á torrentes del cráter del Vesubio.

—Hermano mio, querido Plaucio—dijo el menor, sobrecogido de espanto—¿habrá llegado ya el fatal momento de la desaparicion de Pompeya que presajiaba ayer el sacerdote cristiano Olinto?.....

—¡Oh..... lo temo, lo temo—exclamó el interrogado.—¡Y no poder salir de aquí!..... ¡Oh!..... esto es horroroso, Aurelio!..... ¡Quedar sepultados en la prision!..... No; es preciso gritar, llamar al carcelero..... romper la puerta!.....

Y llenos de desesperacion llamaban al carcelero y daban terribles golpes á la puerta.

Pero nadie se acercaba.

Sus voces no hallaban mas respuesta que el crujir del techo que amenazaba derrumbarse sobre ellos, y *¡ayes!* desgarradores de los que perecian fuera.

Los encargados de custodiar á los presos habian huido aterrados desde el principio de la catástrofe, llevándose las llaves de las prisiones.

—¡Nos han abandonado!..... ¡Y no cede esta terrible tapa de nuestro sepulcro!—exclamó Plaucio al ver que eran inútiles los esfuerzos que hacian.—La puerta es inquebrantable, y es inútil todo esfuerzo!.....

Sin embargo, Aurelio, dotado de mas energía que su hermano, no desmayó.

Acariciando todavía una leve esperanza, siguió descargando sobre la puerta terribles golpes.

Plaucio, abrumado por el pesar, y perdida la fe de poder salir de aquel encierro, se sentó en el suelo, y quedó abatido con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Aurelio siguió unos momentos mas sin abandonar la empresa; pero al fin, agotadas sus fuerzas, y convencido de que nada era posible alcanzar, quedó abatido, cruzó los brazos y clavó tristemente los ojos en el oscuro bulto que formaba el cuerpo de su hermano.

—Plaucio, hermano mio!.....—exclamó despues de haber permanecido algunos instantes en aquella actitud.—Conozco que el terrible trance de la muerte se acerca: dentro de un instante no seremos mas que dos cadáveres olvidados del mundo!..... Pero si los hombres nos han abandonado, Dios, ese Dios santo á quien desde ayer tenemos la dicha de adorar;

(1) En otro sitio de la misma casa se encontraron multitud de ánforas con inscripciones griegas y latinas; muchos jarrones de bronce, un lindo pebetero para quemar perfumes; un magnífico porta-lámpara en forma de canastilla, compuesto de hilos de bronce, entre los cuales se ven enfilados granos de cristal de roca; y por último, en un gabinete de objetos preciosos, varias piedras grabadas y escarabajos conservados.

ese Dios lleno de bondad, de misericordia y de amor que nos dió á conocer el virtuoso sacerdote Olinto, nos mira enternecido desde su divina mansion, y nos espera como un padre amoroso á las puertas de la eternidad para conducirnos á la gloria. No pensemos, pues, mas en salvar nuestros cuerpos del peligro que les amenaza..... pensemos, sí, en salvar nuestras almas para vivir la vida eterna prometida por Dios al que se arrepiente y ora.

Y Aurelio cayó de rodillas.

Plaucio, conmovido por aquellas palabras, imitó á su hermano y se puso á su lado.

Los dos elevaron entonces con ardiente fe sus súplicas al Eterno.

El bálsamo de la oracion empezó á consolar sus penas.

La esperanza de un cielo, les hizo olvidar la tierra.

La idea de una vida eterna, la muerte de una vida pasajera y falaz.

La luz de la gloria, la pavorosa oscuridad de la prision.

Eran dos almas que habiendo navegado por ignorancia en el borrascoso mar de las bastardas pasiones, llegaban por el camino del arrepentimiento á las dulces y risueñas playas de la amada patria donde les esperaba la eterna felicidad.

Los sacudimientos de tierra eran entre tanto mas fuertes y mas repetidos.

La ceniza penetraba en mas abundancia, y la respiracion era dificultosa.

—Plaucio—dijo Aurelio despues de haber orado, y tomando la mano de su hermano entre las suyas;—aunque Olinto nos instruyó diciéndonos que existen tres bautismos para entrar en el reino de los cielos, que son el *bautismo de deseo*, el *bautismo de sangre* y el *bautismo de agua* instituido por Jesucristo, y nosotros podríamos salvarnos con el bautismo de deseo que nos acompaña; sin embargo, yo anhelo recibir, puesto que nos es posible, el bautismo de agua antes de comparecer ante el divino tribunal.

—Mi alma se encuentra sedienta del mismo bien—respondió Plaucio.

—Bauticémonos, pues, el uno al otro, hermano mio..... bauticémonos pronunciando las palabras que nos enseñó el sacerdote cristiano, y esperemos despues tranquilos la muerte.

Plaucio y Aurelio, animados de un mismo deseo y enlazados de las manos, se dirijieron á uno de los ángulos de la prision, donde les habian dejado por la mañana un cántaro con agua.

Al llegar á él, Aurelio se puso de rodillas, y recibió el agua del bautismo de mano de su hermano, quien á su vez fué bautizado por aquel.

Al terminar la ceremonia, la ceniza empezaba á inundar todo el calabozo.

Los dos hermanos sintieron que aquella ceniza les ahogaba, y para no respirarla se abrazaron, ocultando cada cual la cabeza en el pecho del otro.

—El momento de nuestra muerte ha llegado—exclamó Aurelio pudiendo apenas respirar.—Pongámonos de rodillas, hermano mio, y muramos abrazados y orando.

Y ambos hermanos, enlazados tiernamente, y dominados por el sentimiento purísimo de una fe ardiente, inclinaron al suelo la rodilla, y elevaron á Dios sus corazones pidiéndole misericordia.

De repente sintieron que sus cabezas se desvanecian..... que sus ojos se nublaban..... que sus pechos se oprimian..... que el aliento les faltaba.....

Aurelio y Plaucio no se pudieron hablar ya; pero se estrecharon tiernamente.....

Poco despues sus cuerpos cayeron en tierra, haciendo resonar la prision con las cadenas que sujetaban sus piés.

En el mismo instante se escuchó un golpe terrible en la puerta de la prision.